

# De las pretensiones a la realidad en el asedio a Gibraltar de 1727

**Baltasar Gómez Nadal**

## RESUMEN

El estudio refleja el asedio a Gibraltar de 1727, desde la perspectiva cercana y diaria de los atacantes. Se pone el foco de atención en aquellos aspectos militares que jugaron en contra del éxito de las intenciones españolas de conquistar la plaza, al margen de la ausencia de la Armada. Presentamos el asedio desde la descoordinación, falta de recursos e infraestructuras, el complicado carácter del conde de las Torres, la falta de un plan efectivo de ataque, el desánimo de la tropa, la desautorización del cuerpo de ingenieros y una gran variedad de decisiones que se demostraron desacertadas. Todo un cúmulo de variables que posibilitaron el rotundo fracaso del asedio español.

**Palabras clave:** Asedio de 1727, Gibraltar, Línea de contravalación.

## ABSTRACT

This study tries to explain the 1727 Gibraltar siege, from the close and daily besiegers perspective. The focus is on those military aspects that played against the success of the Spanish intentions to conquer the square, regardless of the absence of the Navy. The siege is explained from the lack of coordination, lack of resources and infrastructure, the complicated nature of the Count of the Towers, the lack of an effective plan of attack, the discouragement of the troops, the opposition of engineers and some wrong decisions which were took. A whole group of variables that led to the great failure of the Spanish siege.

**Key words:** 1727 Siege, Gibraltar, Línea de contravalación.

Felipe V marcó en su reinado un objetivo que se convirtió en una intención constante en su política entre Estados, la recuperación de Gibraltar y Menorca. El uso de las armas para conseguir la plaza de Gibraltar desde su pérdida en 1704 y las alianzas, tratados, promesas y negociaciones entre los países europeos no arrojaron un resultado positivo (Anguita, 1997). Conviene recordar que esta conquista de Gibraltar se realizó sobre una parte de su término municipal, que comprendía desde 1462 lo que hoy conocemos como el Campo de Gibraltar exceptuando Tarifa, Jimena de la Frontera y Castellar de la Frontera, como aborda en sus últimos trabajos Francisco Oda-Ángel (2017).

En el marco de las negociaciones y disputas que se generaron en torno al comercio con las Indias durante 1726, Gran Bretaña tomó una iniciativa de acoso a los intereses comerciales españoles con la captura de navíos y el bloqueo de Portobelo en 1727.

Considerando Felipe V este momento como apropiado para establecer sitio a la plaza de Gibraltar, se procedió a aprontar en Cádiz el tren de artillería, inventariado con fecha de 1 de diciembre de 1726 (Tren de artillería, 1726). Fue tal la cantidad de material militar solicitado a Cádiz, que el 11 de enero de 1727 Antonio Álvarez de Bohorques, gobernador de la ciudad, informó al marqués de Castelar, Baltasar Patiño y Rosales, secretario de Estado de Guerra, sobre la vulnerabilidad en que quedaba la plaza (Álvarez de Bohorques, 1727). El general Núñez Álvarez de Ribadeo, el 18 de enero manifestó que la previsión de artillería lo formarían 60 de a 24 de bronce procedentes de Cádiz, a los que se incrementaron al tren otros 80 de hierro del mismo calibre. Desde Sevilla se esperaban 20 piezas de hierro de menor calibre para formar las baterías de la costa (Ribadeo, 1727). A lo largo del asedio todavía llegarían cañones desde Ceuta.

En diciembre de 1726, el Estado Mayor del Ejército de Andalucía tenía a la cabeza como capitán general a Cristóbal Moscoso y Montemayor, conde de las Torres de Alcorrín, que estaba asistido por el coronel conde de Noroña y el teniente coronel Antonio de Zayas. El 20 de diciembre de 1726, el marqués de Castelar nombró a Jorge Próspero de Verboom como mariscal general de logis —o cuartel maestro general— e ingeniero general de Andalucía bajo las órdenes del capitán general el conde de las Torres, llegando al campo el 10 de enero (Marqués de Castelar, 1726). Verboom redactó un análisis de la situación estratégica de Gibraltar y sus contornos, fruto de dos reconocimientos realizados. El primero de ellos comenzó el 1 de octubre de 1721, donde a bordo de dos galeras realizó un reconocimiento del istmo y el arco de la bahía de Algeciras. El segundo fue a principios de 1724, donde pasó por tierra a Gibraltar en compañía de otros ingenieros, que con la excusa de visitar el lugar realizaron una acción de espionaje (Verboom, 1726).

Juan de la Freire, recién ascendido a ingeniero director con el grado de brigadier, el 17 de diciembre de 1726 se le requirió en San Roque para el día 26 de diciembre. Debería realizar una misión secreta junto a otros dos o tres ingenieros para reconocer la zona norte del Peñón y el istmo. Se le pidió discreción, pautándole que evitara acercarse a las torres del istmo, concebidas originalmente para uso civil (Sáez, 1999: 317 y ss.), que estaban afanadas por la guarnición genovesa (Marqués de Castelar, 1726).

La fuerza naval existente en Gibraltar en noviembre de 1726 era de 10 navíos de guerra armados con 460 cañones, 22 navíos de guerra españoles destinados en las Indias con 1.142 cañones y 22 ingleses que estaban bloqueando Portobello.

El 1 de enero de 1727 José Blanco informó al marqués de la Paz, Juan Bautista de Orendáin y Azpilcueta, que a final de diciembre de 1726 el embajador británico participó a su gobierno el propósito de Felipe V de sitiar Gibraltar. Como consecuencia,

el 31 de diciembre zarparon “dos navíos de guerra a Irlanda para escoltar otros de transporte que deben llevar dos regimientos a Gibraltar”, que se sumaron a otros tres regimientos a bordo de la escuadra del almirante Wagger (Blanco, 1727). El día 5 de enero acamparon las tropas españolas distribuyéndose algunos entre el terreno comprendido entre los ríos Guadarranque y Palmones, mientras otros lo hicieron en las inmediaciones del istmo, quedándose tres batallones de Guardias Valonas en Algeciras. La inexistencia de un puente sobre el río Guadarranque obligaba a vadearlo por los que diariamente iban a San Roque. Por la incomodidad que esto suponía, el conde de las Torres ordenó trasladar las tropas el 31 de enero al norte del istmo, en una zona alta llamada “Las Peñas”. La fecha tan excesivamente temprana para acampar al raso no hizo más que comenzar a desgastar a las tropas por el cansancio y las enfermedades, produciéndose las primeras deserciones.

Según informó José Blanco al marqués de la Paz el 27 de febrero desde Londres, los británicos se fueron reforzando con el paso de las semanas, como por ejemplo los navíos que salieron desde Irlanda con 900 hombres, de los cuales tres naufragaron con las tropas que transportaban (Blanco, 1727).

Jacinto de Pozobueno, al frente de la embajada de Londres, recibió órdenes del 17 de enero para que abandonara su puesto y se le encargó la tarea de transmitir a Madrid información de interés generada en Londres a José Blanco, según le informó éste a Baltasar Patiño el 27 de febrero de 1727 (Pozobueno, 1727).

El 16 de enero de 1727 fueron convocados por el conde de las Torres a través de Pedro de Castro Figueroa, mayor general de Infantería, los generales que se hallaban al servicio del asedio para celebrar un consejo de guerra, “que es juzgado convenientemente para construir sus ataques digan sus disposiciones faciliten el logro de la empresa” (De Castro Figueroa, 1727). Verboom confirmó su asistencia para el día siguiente a las 9 de la mañana. Asistieron Lucas Spínola,

el conde de Glimes, el conde de Montemar, Francisco Núñez Álvarez de Ribadeo, el ingeniero general Jorge Próspero de Verboom, el brigadier marqués de Monreal y el ingeniero director y brigadier Juan de Freire. Hizo el registro del consejo de guerra Francisco Álvarez, secretario del rey y la Capitanía General (Verboom, 1727).

Sin confrontaciones ni desacuerdos, los generales cuestionaban el esquema general del mismo por no contar con buques de guerra. Entre los distintos pareceres coincidían en usar calificativos como “impracticable”, “imprenable”, “impensable”, “imposible”... (*Dictámenes de los generales sobre el sitio de Gibraltar*, 1727).

Las lluvias reinantes habían propiciado la demora del tren de artillería procedente de Cádiz. Otros aspectos objetados por el ingeniero general en los primeros análisis de la situación apuntaban a la poca disposición de construir un hospital a pesar de la ordenada por el rey el 16 de diciembre de 1726, la dificultad de abrir trincheras por la cercanía del mar y las 100 toesas que ocuparon las olas de los temporales, escasez de fajas y gaviones, el recio fuego cruzado enemigo, el inconveniente que suponía la Laguna para adosarse a Puerta Tierra, la dificultad de avanzar con los cañones hacia la cara norte del monte, las enfermedades que estaban apareciendo y la entrada de la escuadra inglesa el día 13 de enero en la bahía que había fondeado a medio tiro de cañón de la playa de Poniente. Verboom pensaba que aunque se establecieran las baterías y ramales frente a la plaza, nunca terminarían de anular la artillería enemiga. El 20 de enero Verboom se dirigió al Secretario del Despacho de Guerra en el que le advertía de los posibles entresijos y manipulaciones que pudiera estar haciendo el conde de las Torres respecto al consejo de guerra celebrado. Puso en su conocimiento que según se le había filtrado a él y a otro general, el informe sobre las conclusiones que envió el conde de las Torres destinada a él y a Felipe V no reflejaba lo hablado en el consejo de guerra, calificando la situación como “proditorio semejante” y



Lámina 1. Plano del istmo y la cara norte del peñón, donde se representan las baterías y los ataques españoles construidos durante el asedio. AGS. SGU, Leg. 3390. *Plano de una parte de Gibraltar* [MPD, 38, 140].

reconociéndose “horrorizado”. En otra carta del día 22, Verboom desveló que el conde de las Torres compartió el informe final del consejo de guerra destinado al rey con José Mauricio Sala, comisario ordenador e intendente. Éste a su vez, a pesar de tener orden de guardar secreto, participó parte de la información con Jerónimo Solís y Gante, que alarmado previno al ingeniero. Verboom exhortó a Baltasar Patiño para que solicitara a los generales que le enviaran los escritos que habían elaborado individualmente sobre sus pareceres y poderlo contrastar con el informe del conde de las Torres, sospechando que había presionado a su secretario Francisco Álvarez para que figurara solo la idea del capitán general, “pues se puede justamente recelar que este capitán general no los haya enviado, para que no se venga en el

conocimiento de la verdad ni de haber él mismo concurrido con ella y después escrito lo contrario a S. M.” (Verboom, 1727).

Las conclusiones reflejadas por el Secretario no eran más que el fruto de las desideratas reales asumidas como de segura satisfacción por el conde de las Torres. Éste acusó a Verboom de confabular con otros generales en contra de su propuesta de conquista previamente al consejo de guerra, para influir en su desarrollo. El ingeniero lo negó al marqués de Castelar el día 22, salvo alguna conversación que mantuvo con Lucas Spínola. El conde de las Torres calificó a sus generales como ignorantes que “por sus fines particulares, retardando todos los triunfos de las armas de vuestra majestad”, y acusó a Verboom como la persona que “sirve de estorbo en el ejército y podría ir en Cantabria o en otra parte donde sirva de algo”. El escrito termina describiendo la estrategia a seguir, consistente en formar las baterías en las mejores ubicaciones para proseguirlas hasta llegar a la contraescarpa, alojándose en ella para abrir brecha en la cortina de Puerta Tierra y realizar el asalto (Conde de las Torres, 1727).

El día 22 de enero, Verboom volvió a dirigirse al secretario de Guerra para informarle al marqués de Castelar sobre un episodio fuera de la lógica protagonizado por el capitán general. El conde de las Torres le dijo a Verboom que le iba a enseñar algo que no conocía. Cambiando su peluca por un gorro y su caballo por otro sin pistolas, se cubrió con una capa parda obligando al ingeniero a ponerse otra. Acompañados por el coronel de caballería de logis, Rodolfo de Aguaviva, se pusieron rumbo a la Torre del Diablo desoyendo las advertencias de Verboom sobre la presencia de una guardia genovesa. Al llegar les dieron el alto y la ira se apoderó del conde de las Torres, el cual tratándolos de canallas les insulto sobradamente, amenazándoles con que el rey les haría ahorcar. Ante tal espectáculo, descendieron de la torre otros soldados armados y unos granaderos salieron de la plaza para interceptarlos en la huida

que emprendieron a lo largo de la playa de Levante. No pocas rarezas se habían observado en el conde de las Torres. Como ejemplo, a Verboom le llegó la noticia por parte del jefe de escuadra Miguel Riggio de lo que calificó como disparate que el conde de las Torres pidiera a Tomás Idiáquez 100 barcos largos destinados a traer tierra buena a las trincheras para mezclarla con arena. Igual ocurrió cuando dijo haber identificado un camino por donde subir a la montaña sin ser vistos y atacar. En otro momento pensó en entrar a la plaza por sorpresa a través de un desagüe. También se planteó quemar unos navíos de la escuadra enemiga, para lo que anduvo buscando durante ocho días un barco grande y viejo, y que en llamas pretendía usar como propagador del fuego. Llamaba poderosamente la atención de los oficiales la nula discreción de estas iniciativas militares, pues el conde de las Torres trataba estos aspectos indistintamente como si fuera secreto militar o públicamente ante civiles que eran susceptibles de ejercer como espías.

Transmitiendo una falta de planificación, el conde de las Torres manifestaba diariamente su intención de empezar a atacar la plaza, eso sin tener fajinas, mucho menos reducidas a salchichones, tampoco caballería, ni madera para hacer barracones para tener pólvora a mano para cargar bombas y granadas o para construir un hospital de la sangre, a pesar de que tampoco había material sanitario para los primeros auxilios. Sobre la existencia de víveres, Verboom no tenía respuesta de Mauricio Sola porque el conde de las Torres le ordenó que no se le informara (Verboom, 1727).

Verboom se dirigió al marqués de Castelar el 25 de enero, informando sobre los perjuicios que causaron las lluvias incesantes entre el 10 y el 21 de enero. La artillería más próxima al campo era un cañón de 12 en Los Barrios y 3 de 24 en el lugar “de las Tres Cruces” a legua y media del puerto de Ojén. Por la falta de artillería, trabajadores y herramientas, Verboom propuso comenzar a abrir trincheras cuando se tuvieran 30 o 40 cañones con sus pertrechos (Verboom, 1727).

Según el ingeniero ordinario Jerónimo Canovés (Capel *et al.*, 1983: 102), explicó al marqués de Castelar el 31 de enero que en el cuerpo de ingenieros se desconfiaba de la posibilidad de tomar la plaza y se resignaban ante el servicio a la patria que iban a cumplir (Canovés, 1727).

Las primeras fajinas se comenzaron a trasportar el 30 de enero por mar desde los bosques de Guadiaro, aunque la mayoría venían en carros y caballerías desde los de Castellar. En la playa del Patrón Benito, el día 3 de febrero el conde de las Torres ordenó fijar una batería de dos cañones para proteger el desembarco de género en la costa de Levante, cuestión tratada con ironía por Verboom al considerar que no tendría efecto ante la descarga el fuego de una andanada. El día 5 también ordenó a José de Gayoso construir una batería frente a la casa de Thesse (Verboom, 1727).

Verboom informó al conde de las Torres con fecha de 21 de febrero de que el día anterior se reunió con el ingeniero director para explicarle el inicio de los ataques según el plan del capitán general. Le manifestó que “sin un cañón de bronce ni mortero se haya de dar principio a los actos de hostilidad que se proponen”. Tampoco se había abierto ninguna paralela en el lugar de apostamiento de las tropas y ni siquiera un ramal de comunicación para pasar a cubierto al pie del peñasco (Verboom, 1727).

El 22 de febrero los españoles comenzaron instalar una batería en la torre del Molino justo antes de recibir la visita de una representación del gobierno de la plaza con tono amenazante. El conde de las Torres respondió que se asombraba de ver cómo habían ocupado las torres del istmo quebrantando el tratado de Utrecht y comenzaría a abrir los ataques. El teniente general Spínola, por ser el general más veterano, inició los ataques abriendo una trinchera hacia la torre del Diablo, de donde los ingleses retiraron la guardia genovesa e hicieron disparar sus cañones. El capitán general se apostó con cinco batallones al pie de la cara norte del Peñón, donde

recibió intenso fuego cruzado desde una embarcación de Levante y dos desde Poniente junto a fuego de fusilería y el lanzamiento de grandes piedras. La jornada se saldó con 51 muertos (Spínola, 1727).

En la carta del día 26 de febrero, Verboom puso en duda que el rey conociera lo ocurrido durante los primeros días, pues el correo era enviado por el conde de las Torres sin participar a los generales. Sobre la asistencia sanitaria, dijo Verboom que “se ha informado tan siniestramente de lo contrario [...]. Lo ocurrido sobre ello y la mala forma en que han sido tratados y asistidos los muchos heridos que ya hay, no dejará VE de estar informado por otros”.

La artillería llegaba el día 25 de febrero con 6 cañones de bronce sin desembarcar por poniente y 20 de hierro por tierra dispuestos en el parque de artillería (Verboom, 1727).

El capitán general seguía exponiendo conductas no convencionales. El 3 de marzo el ingeniero describió al marqués del Castelar el trato que estaba recibiendo de su superior, poniendo por testigos al marqués de Alconchel, conde de Montemar, Fernández de Ribadeo, Pedro de Castro y el conde de Mariani. Estando todos en el cuarto del capitán general, éste explicó con unas líneas pintadas en medio pliego de papel una opción de ataque. Ante la pobreza de la exposición, el ingeniero solicitó analizar sobre el terreno el plan propuesto, avivando un gran enfado del conde de las Torres, le dijo al ingeniero que no le llamaría nunca más para participar en una consulta. Al día siguiente Verboom visitó a su superior para brindarle su servicio incondicional, a lo que le respondió que “no le podía servir en nada, si no es a estorbarle y oponerse a sus ideas y que así era inútil de pasar a su casa, que así lo tenía escrito al rey la noche antecedente” (Verboom, 1727).

Verboom declaraba que eran tantas las irregularidades del general que contarlas todas “sería nunca acabar” y reconocía que esta situación le estaba afectando a su estado de salud al “tener la pesadumbre de verme tratado de esta manera”. Escribía Verboom que al margen “del maltrato indecoroso”, era

más grave la variabilidad de sus decisiones militares. Llegaba hasta el punto de tomar una resolución, supuestamente enviarla al rey y al día siguiente decidir lo contrario (Verboom, 1727).

Por el caos del asedio español, Verboom escribió a Casimiro de Uztázir Azuara, oficial de la secretaría de guerra, una carta considerando los hechos adversos ocurridos hasta el momento en el campo, con fecha de 9 de marzo. Verboom interpretaba sobre el conde de las Torres que “está hecho un veneno” con los oficiales porque le debió prometer al rey una “breve toma de la plaza [...] y ve frustrada su idea”. En los documentos consultados también se encuentran otras cartas de otros generales que también argumentaban la misma situación que Verboom. En el campo se le pudo escuchar decir al conde de las Torres que no podría alcanzar su deseo de conquistar la plaza en veinte días y que no necesitaba a ningún ingeniero si podía contar tan solo con dos sargentos. No se adelantaba en la construcción de los ramales pues solo se trabajaba para reconstruirlos y no se podía disparar un tiro por encima por no estar revestido el parapeto ni echadas las banquetas. El desánimo se apoderaba de los soldados que desertaban en gran número. Había cureñas podridas que se iban deshaciendo a cada disparo que soportaban, la pólvora y las balas escaseaban hasta tal punto que el conde de las Torres ordenó restringir el número de disparos a 15 diarios en una batería de 18 cañones. Esta ineficacia de la ofensiva también fue argumentada por el general Spínola el 12 de marzo (Spínola, 1727). Con altivez llegó a manifestar que había recibido orden de destinar a Verboom a Cataluña o Navarra, pero que lo mantenía ahí para que fuera testigo de cómo tomaba Gibraltar (Verboom, 1727).

Sobre el malestar y desconfianza que se vivía en el campo entre el conde de las Torres y los oficiales, lo encontramos en la carta que le envió Verboom al marqués de Alconchel el 10 de marzo en referencia a “un papel” que se debía enviar al conde de las Torres, del

cual alguna información elaboraría éste con destino a Felipe V. El ingeniero le propuso enviar la información al rey para que la recibiera un día antes que el escrito que le llegara del conde de las Torres “para que lo que él sirviere no haga la primera impresión en la mente del rey” (Verboom, 1727).

Ante la solicitud del marqués de Castelar al general Spínola de que confidencialmente le comentara su percepción sobre “el estado, continuación y esperanzas de esta empresa”, el 12 de marzo le indicó que tras diecinueve días de ataques, era desesperanzadora. Este general manifestó una briosa crítica hacia el conde de las Torres por la prohibición realizada del uso de correo extraordinario, entendiéndolo que la única persona que pudiera dar esa orden debería ser el rey (Spínola, 1727).

El 31 de marzo, el brigadier Gregorio Gual y Pueyo comunicó que un capitán de Escopeteros avistó desde el Tolmo la llegada de 23 navíos ingleses con tiempo favorable, perpetuando el dominio del mar próximo a la zona en conflicto (Gual, 1727).

El 14 de marzo Verboom previno al marqués de Castelar que no estaba recibiendo contestación a sus cartas desde el 18 de febrero. Objetaba que era “porque recela que escribiera lo que acá ocurre, o porque habrá encontrado alguna carta en que habrá encontrado lo que quizás no hubiera querido ver”. En esta fecha, pasados 21 días desde el comienzo de los ataques, seguía sin haber un hospital en las inmediaciones del campamento. Por la eterna escasez de fajinas, se satisfizo usarla prioritariamente para la construcción de baterías, sin que quedara disponible este material para proteger las trincheras, por lo que persistieron los derrumbes y reparaciones, lo que incrementaba el número de muertos y heridos. La falta de este material no se debía únicamente a las dificultades de transporte, a la falta de herramientas o a los ataques de los barcos de transporte por buques ingleses, sino que también el conde de las Torres consideró de manera unilateral que harían falta para concluir el asedio menos de las 8 000 fajinas

que se determinaron necesarias por los ingenieros.

En este primer mes de fuego, la producción de disparos de la primera batería construida al mando del teniente provincial Agustín José Braus, se vio mermada por aparecer grietas en 4 cañones de hierro debido a la mala calidad del material utilizado, sucediendo lo mismo en otro de bronce. La batería quedó reducida a 4 cañones de hierro y 13 de bronce útiles. Otra variable que afectó a la eficiencia del fuego español fue la mala ubicación de la batería de 20 cañones mandada por el conde de Mariani, que empezó a disparar el 14 de marzo. Verboom señaló al conde de las Torres como la persona que ordenó su construcción en esa circunstancia desafortunada y que calificó de tener bajo efecto ofensivo por lo enterrado que se formó la estructura a una distancia superior a 400 toesas del objetivo a batir. También inquietaba la falta de materiales que garantizaran su pleno funcionamiento junto a la escasez de artilleros (Verboom, 1727).

El 18 de marzo de 1727 Antonio Montaigú de la Perille llegó al campo donde el conde de las Torres le encargó “la dirección de esta operación” (Montaigú, 1727).

Este mismo día 18 de marzo, Verboom redactó una intensa carta al secretario de guerra transmitiendo sorpresa por no haber recibido un comentario por parte de Baltasar Patiño ni del propio rey respecto “de lo que ha acontecido con este general en asunto al trato que ha usado conmigo” (Verboom, 1727). Patiño le explicó el 22 de marzo que le había estado respondiendo “de tiempo en tiempo” (Marqués de Castelar, 1727).

Uno de los aspectos que contribuían a la imprecisión de lo que se comunicaba al exterior era que Verboom no reflejaba en el diario que enviaba a la Corte una parte de los muertos y heridos que se originaron durante una parte del asedio porque el conde de las Torres ordenó que no se informara de esto, especialmente a Verboom. También Verboom advirtió que los mapas enviados por el conde de las Torres no reflejaban fielmente el escenario de guerra,

no queriendo éste que se representaran las inundaciones de las trincheras. Insistiendo en la idea de que la realidad en el campo era desconocida por el rey, dice refiriéndose a él “que carece como de la verdadera situación de las cosas [...] y se queda en oscuras la verdad de los hechos” (Verboom, 1727).

Verboom notificó de otra situación con meticuloso detalle: los datos publicados en la *Gaceta de Madrid* no reflejaban la realidad del campo. Éste era un periódico de pequeño formato en el que se notificaban las noticias más relevantes nacionales e internacionales, proclamando un carácter semioficial con alguna censura gubernamental (Álvarez Vázquez, 2003: 334). El asunto ya tratado por Verboom sobre la falta de fidelidad de lo que estaba acaeciendo en el campo siguió analizado por él en una carta del 27 de marzo, donde aseguraba exponer “la pura verdad del estado actual de esta ardua e importante empresa. Y mayormente que he preparado en el diario comprendido en las *Gacetas de Madrid*”. Según la publicación, en referencia a lo ocurrido el día 5 de marzo, la certera artillería española calló 7 cañones de la batería de Santa Ana, cuando lo que realmente aconteció fue la depreciación de su fuego. Esta atenuación del fuego duró poco, pues esa misma tarde volvió a disparar con todas sus piezas y además incrementando sus tiros. Por si fuera poco, en cuanto a la diferencia entre la realidad y lo publicado en la *Gaceta de Madrid*, Verboom también añade que los ingleses habían montado una batería con 4 morteros, dos en lo más alto del monte, otra en la cortina con tres o cuatro cañones y una quinta en el muelle.

Otra de las rectificaciones que hace Verboom sobre lo publicado en la *Gaceta de Madrid* en otra fecha, va en relación a lo adelantado que está el frente español. En la publicación se anunciaba la inminente construcción de una batería propuesta para batir en brecha en el frente de la Puerta de Tierra, cuando realmente la batería que se iba a construir estaba a 170 toesas del pie del recodo del monte, donde difícilmente podría llegar el disparo de fusil. Junto a la

ya comentada errónea construcción de la batería de Mariani a seis u ocho pies por debajo de lo deseado y detallando que la altura de la muralla era mayor que el resto de construcciones, añadimos que el mismo error se cometió en la batería de San Pablo. La elección de los emplazamientos de estas baterías fue decisión del propio conde de las Torres, tras haber acusado a Verboom de pretender el retraso de la toma de Gibraltar. Según el ingeniero, el conde Torres “no sabía donde las quería ni lo que se había de batir”.

En esta fecha de 27 de marzo, el curso del asedio seguía sufriendo importantes déficits, como el que se contara solo con 34 cañones de 24, 9 de 16, 6 morteros de 12 y 4 de 9. El uso que se estaba haciendo de la artillería suponía el desgaste de las piezas existentes, entendiéndolo Verboom que llegado el momento de hacer un efecto dañino con la presencia de más cañones, ya se encontrarían fuera de servicio. La valoración del asedio que seguía haciendo Verboom, consideraba “la mala forma con que se han adelantado estos ataques [...] no conseguiremos la toma de esta plaza, ni hacer brecha”.

Añade Verboom alguna pesquisa que “paso en silencio”, dando a entender que sospecha que pueda estar fuera del conocimiento del secretario de Estado de Guerra. Con este matiz, refería la mengua de la tropa por la presencia de enfermedades, el alto número de muertos y heridos junto al aumento de desertiones, a las que describe como “en bandadas” (Verboom, 1727).

La gran esperanza del conde de las Torres era la mina de Santa Bárbara bajo la batería de Santa Ana a manos del ingeniero Felipe Crame (Ibáñez de Íbero, 1762), nombrado ingeniero extraordinario por el rey y destinado el 3 de enero de 1727 a Algeciras como delineante del ingeniero en segundo Diego Bordick, se inició sin tener un objetivo claro de cómo se usaría la mina para destruir la batería (Bracamonte, 1727). La primera intención era la de dinamitar la mina y producir un desprendimiento de la pared de la roca para poder subir a la batería y volarla, pero ya iniciada la obra se percataron de que

un desplome de piedra tan escarpado que seguiría impidiendo el acceso de los soldados a la batería. Así se replanteó el uso de la mina, intentando perforar hasta justamente debajo de la batería para volarla con dinamita (Verboom, 1727).

El conde de las Torres seguía buscando la suerte a través de ideas oportunistas para conseguir la plaza. El 22 de marzo fueron llamados al campo Miguel Tortosa, oficial del Estado Mayor de Artillería, que estaba al cargo de garantizar el paso de los cañones por el puerto de Ojén, y un paisano para reconocer una cueva ubicada a 100 varas por debajo de la cumbre. El ascenso fue relatado con auténtica dureza cuando dice “que jamás me he visto más fatigado pues además de ser preciso ir descalzo para poder subir por los tajos que apenas podía uno afirmarse con los dedos. Eran tantas las piedras que arrojaban de lo alto que a cada paso esperaba el último golpe”. Tras la exploración se concluyó que carecía de interés estratégico (Tortosa, 1727).

Las actuaciones del espionaje inglés tenían un punto de interés en San Roque, donde acudía algún sector de la tropa y relataban públicamente asuntos propios del asedio que debían guardar con celo. Los testigos de estos testimonios posteriormente se trasladaban a Gibraltar con la presunción de que pudieran informar al enemigo. Esta situación llegó a ser preocupante a finales de marzo, debido a la ausencia de generales en el campo que controlaran el movimiento de sus subordinados. El conde de las Torres para contrarrestar este perjuicio ordenó el 31 de marzo a Pedro de Castro Figueroa, mayor general de Infantería, que ningún oficial se apartara de su regimiento, que no durmieran fuera del campo y que ningún soldado comunicará a ningún oficial de otro cuerpo una orden dada en cada uno de los suyos. El incumplimiento de estas órdenes estaría penado con un fuerte castigo, igual que alejarse más de media legua del campo. A pesar de que también obligara a abandonar a los oficiales sus casas de San Roque, se permitió alguna excepción (Conde de las Torres, 1727).

Juan Burose, cirujano mayor de los Ejércitos certificó el 10 de abril la deteriorada salud del ingeniero director, Juan de la Freire. En su certificado recomendó, que el paciente por presentar afecciones en el pecho, fiebre y escupos de sangre, “mude de aire apartado del mar” (Burose, 1727). A raíz del certificado médico, Verboom emitió al día siguiente el permiso para que se traslade a Coín a convalecer (Verboom, 1727) en base a la orden del día 12 del conde de las Torres que expidió el mayor general de los Ejércitos, Pedro de Castro (Conde de las Torres, 1727).

El marqués de Castellar seguía recibiendo quejas de diferentes oficiales, aunque el que más crítico se mostraba era Verboom. Éste, por una carta con fecha de 12 de abril conocemos que las baterías de los tenientes provinciales Agustín Braus y la de Francisco Valvasor, acusaban la falta de solidez con que fueron construidas a base de arena. Aparte de sufrir el desmoronamiento de su base por el estruendo que producía cada cañonazo, se convertían en un blanco más fácil de alcanzar por el enemigo por su excesiva altura. Las trincheras no eran más que zanjas por la falta de fajinas. La perforación de la mina de Santa Bárbara era tediosa, perforando un pie cada 24 horas. El conde de las Torres modificó el proyecto ordenando abrir un ramal que también se dirigiera a la base de la batería de Santa Ana para hacerla volar. En resumidas cuentas, “después de 49 días de aberturas de trinchera, que se puede decir que estamos todavía a los principios”. Verboom concluyó su carta esperando que se transmitiera a Felipe V “que mientras más se continuara este sitio, se hallará el honor de las Armas de S. M. tanto más empeñado y expuesto al peligro”.

Por último, el ingeniero insistió al marqués de Castellar para que hiciera partícipe al rey de la manera continua que se publicaba lo contrario de lo que estaba ocurriendo. Era tal la importancia que da Verboom a este constante maquillaje de la realidad, que consideraba la posibilidad de que el rey pudiera desconocer el verdadero desarrollo de la contienda. Por este motivo propuso que “el rey se dignase a enviar aquí a una persona

inteligente de su mayor confianza que venga a reconocer el estado de esta empresa, a fin de poder dar cuenta a S. M. de la verdad del hecho” (Verboom, 1727).

En la línea de Verboom, con fecha de 2 de abril, el conde de Montemar también pidió al rey a través del marqués de Castellar que enviara a un general de confianza para que le informara de la realidad tan caótica del campo, pues no era fácil “desde él expresar puntualmente lo que aquí pasa” (Conde de Montemar, 1727).

En una carta escrita por José Blanco desde Londres, consignada a Juan Antonio de Zeballos con fecha de 7 de abril de 1727, expresaba que en la capital británica se ilustraba la realidad que se vivía en la plaza de Gibraltar, que aunque no era la idónea por la falta de cañones, ingenieros y cirujanos, se sobrellevaba con más tranquilidad (Carta, 1727).

Jacinto de Pozobueno avisó con fecha de 8 de abril a la Corte de la presencia de un singular espía, el duque de Wharton, según información aportada por el barón de Palm. Con mucho interés por parte de Felipe V sobre el control del sospechoso, al conde de las Torres se le encargó recatarse de él y hacerle un seguimiento cercano. Su esposa fue vigilada por dos oficiales que servían en el regimiento de Hibernia que fueron seleccionados por ser parientes y así podrían pasar desapercibidos en la misión. De ella, indignados y sorprendidos, solo constataron la manera en que escandalizaba a la tropa en bailes y convites. Fue tan grande y dudosa la evolución de los informes del conde de las Torres respecto al duque, que se consultó a su padre confesor, el cual solo constató su deterioro por la ingesta de alcohol, recomendando apartarle del campo. En los días de la suspensión de armas no había confirmación de que el duque de Wharton fuera espía (Cartas, 1727).

Las deudas generalizadas en el ejército se agravaban en el cuerpo de caballería, provocando gran desánimo. El 24 de abril el brigadier de Caballería Francisco de la Rúa al conde de Montemar y éste traslada la

situación al marqués de Castelar cuatro días después. Había oficiales de caballería que estaban vendiendo sus caballos y equipajes para procurarse alimentos. A la tropa se le debía entre 4 y 10 mensualidades de 1726, según los distintos regimientos, y de 1727 solo el de Bravante había recibido una paga. También se les debía las raciones de pan y cebada (De la Rúa, 1727).

Verboom participó al marqués de Castelar el 14 de abril de uno de los hechos más asombrosos de la contienda. El ingeniero general recibió la noche del día 11 de abril la visita del ayudante general, el conde de Noroña, para transferirle la orden del capitán general de que abandonara el campo al día siguiente, detallándole que Felipe V estaba informado de esta medida y asomándole represalias en caso de no obedecer. Tras esta visita, el conde de Noroña acudió a la casa del marqués de Alconchel, al que mostrándole la orden le pidió que persuadiese al ingeniero para que la cumpliera y así evitar que un oficial con veinte caballos le forzara a salir del campo (Conde de Noroña, 1727).

En la orden recibida, al no haber concreción alguna del plazo de tiempo en que tenía que salir, el ingeniero solicitó esa misma noche por escrito la orden firmada por el conde de Noroña, detallando el procedimiento a seguir para cumplir adecuadamente lo ordenado (Verboom, 1727). En la respuesta del día 12 de abril se le detalló que “sin réplica ni representación ninguna marche hoy sin falta a dormir a Los Barrios y desde allí a Cataluña a donde manda su Magestad” (Conde de Noroña, 1727).

En aquel momento Verboom sufría almorranas e hinchazones en las piernas con un diagnóstico de hidropesía emitido por Juan Burose. Al no disponer el ingeniero de coche ni calesa, con la ayuda de un par de criados salió de San Roque con fiebre para llegar a Los Barrios tras cinco horas de camino, donde no había ni médico ni medicinas. Verboom dejó encargado a un oficial que solicitara en la tesorería y proveeduría del campo que se le pagara el sueldo y las raciones que se le debían, pero

se le negó por ser contrario a las órdenes que dio el conde de las Torres al comisario ordenador, José Mauricio Sala. Más tarde, el 29 de abril Verboom pidió desde Medina Sidonia al marqués de Castelar que fuera él mismo el que ordenara la ejecución de los pagos pendientes (Verboom, 1727).

El 15 de abril Verboom informó al marqués de Castelar de estos graves acontecimientos, comunicándose a través de una carta que entregó al dueño de unos caballos de postas de un molino del arroyo Raudal en Los Barrios (Verboom, 1727). Informado el rey de la situación, desde Aranjuez hizo transmitir al ingeniero el 20 de abril su total apoyo, haciéndole saber que el proceder del conde de las Torres “ha sido opuesto a su real intención el modo que ha practicado el conde de las Torres en apartar a VE del ejército” (Marqués de Castelar, 1727).

En la noche del día 18 de abril, el conde de las Torres, nuevamente a través del conde de Noroña, ordenó a Verboom que se llevara las pertenencias que habían quedado en la casa que ocupaba en San Roque antes del mediodía del día siguiente. También le ordenó que abandonara Los Barrios y se fuera a convalecer a Medina Sidonia bajo una nueva amenaza de hacerle preso (Conde de Noroña, 1727). Verboom siguió su camino a través del puerto de Ojén hasta llegar a Medina Sidonia (Verboom, 1727).

Casimiro Uztáriz, oficial de la secretaría del despacho de guerra, le escribió a Verboom el 5 de mayo, explicándole que había tenido reparos en responderle en su estancia en el campo por miedo a que las cartas fueran interceptadas por el conde de las Torres. Mostrándose conocedor de la situación que estaba viviendo, le transmitió la confianza que se le tenía en la Corte asegurándole que encontraría en el rey “la aprobación de su recto proceder” (Uztariz, 1727).

Con fecha del 22 de mayo según Antonio Montañigú, el conde de las Torres nombró ingeniero director a Diego Bordick (Montañigú, 1727), hecho que él mismo comunicó al marqués de Castelar el 2 de mayo (Bordick, 1727).

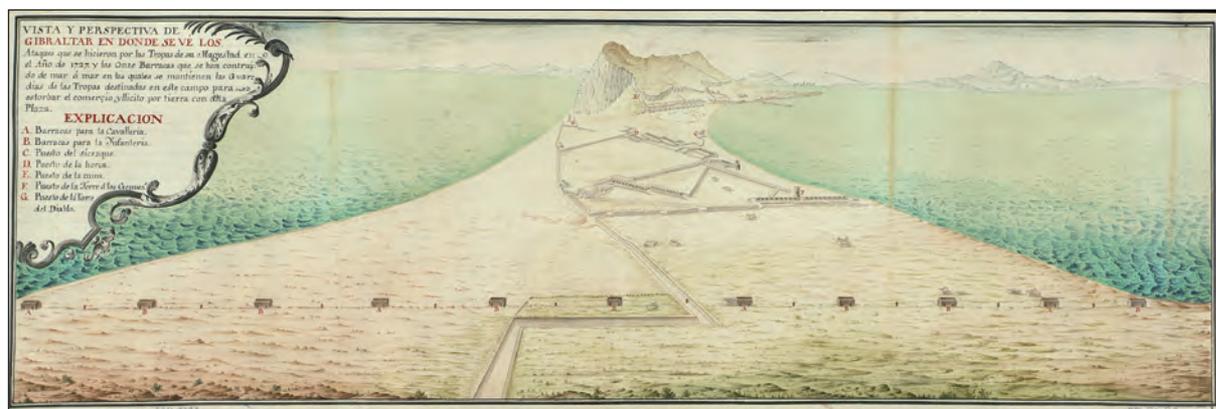


Lámina 2. Finalizado el asedio, el istmo ofrecía esta imagen desde sierra Carbonera en febrero de 1728 con los ataques españoles y la línea de once barracas de mar a mar, en pleno proceso de allanamiento. AGS. SGU Leg 1739. Vista y Perspectiva de Gibraltar en donde se ve los Ataques que se hicieron por las Tropas de su Magestad en el año 1727 y las once Barracas que se han construido de mar a mar en las cuales se mantienen las Guardias de las tropas destinadas en este campo (1728) [MPD, 70, 020].

Antonio Montañú, ya manifestó su malestar en una carta del 2 de mayo al marqués de Castelar sobre el trato que estaba recibiendo por parte del conde de las Torres, porque le decía que desde su llegada los trabajos de ingeniería iban peor. Detalladamente descrito por Armando Alberola Romá (2004), durante la noche del 5 al 6 de junio un cabo de escuadra se negó a colocar unas estacas en un parapeto por orden del ingeniero extraordinario Juan Bautista Bigoti, que estaba a las órdenes del ingeniero segundo Bernardo Pene. Ante esto, Bigoti le pidió al sargento que lo hiciera obedecer, negándose éste a tal petición. El propio ingeniero comenzó a apalearlo para obligarlo a trabajar, provocando la oposición y desafío de los 20 soldados presentes junto al sargento, al que también amenazó con agredirlo (Montañú, 1727). En el testimonio de Pedro de Castro, mayor general, encontramos matices diferentes, aunque conservando lo relevante del episodio.

Montañú escribió al conde de las Torres y a Pedro de Castro el 7 de junio para pedir justicia contra el sargento y para que reconociera al cuerpo de ingenieros “con las mismas facultades, autoridades y preeminencias que gozan los demás del ejército” (Montañú, 1727).

Montañú entregó una carta al conde de las Torres en representación de todos los ingenieros del campo, contabilizándose 34 rúbricas, apoyando al compañero ingeniero. En el momento de la recepción, el capitán general la troceó sin leerla (Varios, 1727).

El día 8 los ingenieros solicitaron antes de incorporarse al trabajo de trinchera el reconocimiento del rey de las competencias según sus grados. Por este motivo el conde de las Torres acusó a Montañú de fomentar un motín, enviándolo preso en su barraca hasta que se le enviara preso al castillo de Santa Catalina, aunque la orden fue anulada por el conde de las Torres en la víspera de la partida (Montañú, 1727).

Verboom, escribió al marqués de Castelar el 26 de junio para que transmitiera al rey su parecer, argumentando que “si algún individuo del cuerpo había faltado en usar con un poco de demasiada viveza, los soldados rebeldes o en otra cosa se podía haberle mortificado y aún castigado en lugar de tomarse a todo un cuerpo” (Verboom, 1727).

La situación se complicó por el procedimiento a seguir en el tratamiento de documentos de trabajo. El 18 de junio, el conde de las Torres ordenó al mayor general Pedro de Castro, informar a Montañú de que “los papeles de trabajo pasen a mí para

ser visados”, advirtiéndole que si no lo quisiera hacer así, “marche del campo a Valencia o a donde le pareciese, no negándose”. Montañigú le respondió que “los papeles de los trabajos, después de firmados por mí pasen a ser visados de VS, se lo ejecutaré, aunque contra estilo y no suspender la satisfacción de los interesados” (De Castro, 1727).

Las protestas realizadas por Montañigú y Verboom hicieron que el rey emitiera una resolución coincidente con la visión de Verboom, expresando que el ingeniero se excedió en sus funciones, pues no tenía la facultad de castigar. También desaprobó y desautorizó la conducta del conde de las Torres. El 12 de septiembre, Antonio Montañigú escribió al rey agradeciendo haber hecho justicia (Alberola, 2004: 34).

El final del asedio se empezó a vislumbrar por varios hechos. El 15 de mayo el rey británico Jorge I hizo una arenga a su Parlamento, en la que agradeció la confianza recibida. Mostrando aires victoriosos y de superioridad, se calificó como amante de la paz (Arenga, 1727).

El marqués de la Paz el 27 de mayo informaba a la Corte del temor que existía de que la plaza cayera en manos de los españoles si se finalizara la mina de Sta. Bárbara. Los temores españoles se fijaban en el posible desembarco por la retaguardia española (Marqués de la Paz, 1727).

Por otra parte, en una carta que envió José de Gayoso y Mendoza al marqués de Castelar el 26 de mayo, le manifestó que el conde de las Torres se había retirado a San Roque enfermo, dándole a entender que Felipe V pretendía “levantar el sitio o reducirlo a un bloqueo”, al mismo tiempo que ordenó retirar los cañones fuera de servicio y fajas al parque y la de moderar el fuego de la artillería. La intensidad de los ataques enemigos disminuyó, contabilizándose una media de entre 30 y 40 disparos diarios (De Gayoso y Mendoza, 1727). Pedro Yáñez de Saavedra le comentó al marqués de Castelar el 26 de mayo las últimas órdenes dadas por el conde de las Torres, prohibiendo a los genoveses tener tienda o barraca para vender

género alguno en el campo, tratándolo como espía al que se encontrase. A este colectivo solo se les permitiría vender sus productos en la orilla de la playa. Se mandó disminuir a la gente en las trincheras y en los puestos avanzados. Se reubicaron a la reserva ubicada en la torre del Molino y a los 100 granaderos de la derecha y los de la izquierda a emplazamientos menos arriesgados. Por último, ordenó que “salgan de estos contornos los pobres de solemnidad y demandantes que vaguean por entre las tropas y que no puedan pedir sin orden del Mayor General” (Yáñez de Saavedra, 1727). En los días posteriores a esta carta, el conde de las Torres ordenó que los seis cañones que esperaban desde Cádiz se ubicaran en el parque junto a otros seis nuevos. El día 5 de junio solo quedaban 14 cañones en el istmo que hacían fuego muy moderado (Gayoso y Mendoza, 1727). Esta disminución de fuego coincidió con la preparación de los preliminares del Tratado de París, firmado el 31 de mayo de 1727 entre Francia y Austria y aceptados por España el 13 de junio. El 5 de junio José Blanco comunicó al marqués de la Paz que a final de mayo los ingleses suspendieron los preparativos para continuar la defensa (Blanco, 1727). El día 24 de junio se decretó la suspensión de armas, iniciándose el proceso de allanamiento.

Suspendida la real orden de la construcción de una empalizada de mar a mar proyectada por Montañigú, se construyeron once barracas de mar a mar para controlar el contrabando, la desertión y dominar el territorio frente al Peñón (Sin firma, 1728; MPD 70 020). ■

## FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

### Bibliografía

- Alberola Romá, A. (2004). “Los ingenieros militares en el sitio de Gibraltar de 1727: notas acerca de las dificultades de un ‘arma sabia’”. *Revista de Historia Moderna*. Anales de la Universidad de Alicante, 22, pp. 34-41.
- Álvarez Vázquez, M. (2003). “Noticias de la pérdida de Gibraltar en la ‘Gaceta de Madrid’ (1704-1705)”. *Almoraima. Revista de Estudios Campogibraltarreños* (29), vol.

29, pp. 333-350. Algeciras. Anguita Olmedo, C. (1997). *La cuestión de Gibraltar: Orígenes del conflicto y propuestas de resolución. 1700-1900*. Tesis inédita. Universidad Complutense de Madrid.

Capel Sáez, H. et al. (1983). *Los ingenieros militares en España, siglo XVIII: repertorio biográfico e inventario de su labor científica y espacial*. Barcelona: Edicions Universitat de Barcelona.

Sáez Rodríguez, Á. J. (1999). "El diablo y los molinos, torres de vigía del istmo de Gibraltar". *Almoraima. Revista de Estudios Campogibaltareños* (21), pp. 215-236. Algeciras.

Sáez Rodríguez, Á. J. (2006). *La Montaña inexpugnable: seis siglos de fortificaciones en Gibraltar (XII-XVIII)*. Algeciras: Instituto de Estudios Campogibaltareños. p. 189, 396. AGS. SGU, Leg. 3390. *Plano de una parte de Gibraltar* [MPD, 38, 140].

#### Fuentes

- Álvarez Bohorques, A. (11 enero 1727). *Carta al marqués de Castelar* [MS]. AGS. SGU. Leg. 3389.
- Blanco, J. (1 de enero, 27 de febrero y 5 de junio de 1727). *Cartas al marqués de la Paz* [MS]. AGS. EST. Leg. 6874.
- Blanco, J. (27 de febrero de 1727). *Carta al marqués de Castelar* [MS]. AGS. EST. Leg. 6874.
- Blanco, J. (7 de abril de 1727). *Carta a D. Juan Antonio de Ceballos* [MS]. AGS. EST. Leg. 6874.
- Bordick, D. (2 de mayo de 1727). *Carta al marqués de Castelar* [MS]. AGS. SGU. Leg. 3391.
- *Carta sin firma* (febrero de 1728) [MS]. AGS. SGU, Leg. 3391.
- *Cartas sobre el caso del duque de Wharton* (1727) [MS]. AGS. EST. Leg. 6873.
- Conde de las Torres (31 de marzo de 1727). *Carta a D. Pedro de Castro Figueroa* [MS]. AGS. SGU, Leg. 3390.
- Conde de Montemar (2 de abril de 1727). *Carta al marqués de Castelar* [MS]. AGS. SGU. Leg. 3390.
- Conde de Noroña (11, 12 y 18 de abril de 1727). *Cartas a D. Jorge Próspero Verboom*

[MS]. AGS. SGU, Leg. 3389.

- De Bracamonte, F. (3 de enero de 1727). "Destino de D. Felipe Crame" [MS]. AGS. SGU. Leg. 3045.
- De Castro Figueroa, P. (16 de enero de 1727). *Carta a D. Jorge Próspero Verboom* [MS]. AGS. SGU, Leg. 3389.
- De la Rúa, F. (abril de 1727). *Cartas al conde de Montemar y el marqués de Castelar* [MS]. AGS. SGU. Leg. 3390.
- De Verboom, J. P. (febrero, marzo y abril de 1727). *Cartas al marqués de Alconchel, marqués de Castelar y D. Casimiro de Urtáriz* [MS]. AGS. SGU, Leg. 3390.
- De Verboom, J. P. (enero, febrero y abril de 1727). *Cartas al marqués de Castelar y al conde de las Torres* [MS]. AGS. SGU, Leg. 3389.
- De Verboom, J. P. (diciembre de 1726). "Proyecto para el sitio de Gibraltar" [MS]. AGS. SGU. Leg. 3389.
- *Diario de lo que se ha ejecutado desde el día 5 de enero, que el capitán general conde de las Torres mandó acampar las tropas que habían llegado para el sitio de esta plaza de Gibraltar* (13 de marzo de 1727) [MS]. SGU. Leg. 3390.
- *Diario de lo sucedido en el ataque de la plaza de Gibraltar hecho por el Ejército del Rey. Se incluye en él desde primero de mayo hasta el 18 del mismo mes.* [MS]. AGS. SGU. Leg. 3391.
- *Diario desde el 21 de febrero hasta el 31 de marzo* [MS]. AGS. SGU. Leg. 3391.
- *Diarios del sitio de Gibraltar. Abril, mayo y junio* [MS]. AGS. SGU. Leg. 2040.
- Gayoso de Mendoza, J. (26 de mayo y 5 de junio de 1727). *Registro a modo de diario del asedio a Gibraltar* [MS]. AGS. SGU. Leg. 3391.
- Gual y Pueyo, G. (31 marzo de 1727). *Carta al conde de las Torres* [MS]. AGS. SGU. Leg. 3390.
- Ibañez de Íbero, A. A. (27 de abril de 1762). *Carta a D. Ricardo Wall* [MS]. AGS. SGU, Leg. 3270.
- Ingenieros del Campo (9 junio de 1727). *Manifiesto de los ingenieros en apoyo a sus compañeros* [MS]. AGS. SGU. Leg. 2990.

- Marqués de Castelar (17 de diciembre 1726). *Carta a D. Juan de la Freire* [MS]. AGS. SGU. Leg. 3389.
- Marqués de Castelar (20 de noviembre de 1726 y 20 de abril de 1727). *Cartas a D. Jorge Próspero Verboom* [MS]. AGS. SGU, Leg. 3389.
- Marqués de Castelar (20 de enero 1727). *Substancia de algunos capítulos de la representación hecha a S.M. por el Capitán General conde de las Torres en 18 de henero de 1727 en resulta del consejo de guerra* [MS]. AGS. SGU, Leg. 3389.
- Marqués de la Paz (27 de mayo de 1727). *Carta a la Corte* [MS]. AGS. EST. Leg. 6874.
- Marqués de la Paz, conde de las Torres y el marqués de Cayla (abril, mayo y junio de 1727). *Cartas* [MS]. AGS. EST. Leg. 6873.
- Montañú de la Perillé, A. (21 de marzo, 2 de mayo y 12 de septiembre de 1727). *Cartas al marqués de Castelar* [MS]. AGS. SGU. Leg. 3390.
- Núñez Álvarez de Ribadeo, F. (enero de 1727). *Carta a D. Jorge Próspero Verboom* [MS]. AGS. SGU. Leg. 3389.
- Oda-Ángel, F. (2017) “La belleza de lo inexplicado: historia compartida de dos ciudades hermanas”, *rt Languages and Ethnicities in Gibraltar and the Mediterranean World in the 20th. Century*. Gibraltar, 24-25 febrero 2017.
- Spínola, L. (12 de marzo de 1727). *Carta al marqués de Castelar* [MS]. AGS. SGU. Leg. 3390.
- Spínola, Núñez Álvarez de Ribadeo, de Castro, conde de Glimes, marqués de Monreal, J. P. de Verboom (enero de 1727). *Dictámenes de los generales sobre el sitio de Gibraltar* [MS]. AGS. SGU. Leg. 3389.
- Tortosa, M. (18 de abril de 1727). *Carta al marqués de Castelar* [MS]. AGS. SGU. Leg. 3390.
- *Traducción de la arenga hecha por el Rey Británico* (15 de mayo de 1727) [MS]. AGS. EST. Leg. 6874.
- *Tren de artillería para el sitio de Gibraltar* (1 diciembre de 1726) [MS]. AGS. SGU. 3389.
- Uztáriz, C. (5 de mayo de 1727). *Carta a D. Jorge Próspero Verboom* [MS]. AGS. SGU. Leg. 3391.
- *Vista y Perspectiva de Gibraltar en donde se ve los Ataques que se hicieron por las Tropas de su Magestad en el año 1727 y las once Barracas que se han contruido de mar a mar en las cuales se mantienen las Guardias de las tropas destinadas en este campo* (1728) [Perspectiva]. AGS. SGU. Leg. 1739. Sign. MPD. 70, 020.

---

#### Baltasar Gómez Nadal

Licenciado en Psicología y maestro en Ciencias Humanas. Coordinador del departamento de orientación del CDP “Cervantes” (Córdoba).

---

#### Cómo citar este artículo:

Baltasar Gómez Nadal (2020). “De las pretensiones a la realidad en el asedio a Gibraltar de 1727”. *Almoraima. Revista de Estudios Campogibaltareños* (52), marzo 2020. Algeciras: Instituto de Estudios Campogibaltareños, pp. 31-44